

hacer á su inteligencia. Cuando sepa V. mi nombre, me verá, y á las cuatro de la tarde se volverá á su casa para recibir mis órdenes. Le doy á V. tiempo hasta mañana para separarse de María. Hasta luego.

—¿Me lo promete V.?

—Se lo juro.

La desconocida se reunió á la mujer que siempre la acompañaba, y ambas bajaron la escalinata sin hacer poco ni mucho caso del zumbar producido por las agudezas y las invitaciones libres que se cruzaban entre la multitud que dejaban á sus espaldas.



IV

LA CLAVE DEL ENIGMA

Eduardo entró de nuevo en la platea de la Ópera, sin entender pizca de cuanto le estaba pasando. Muchas mujeres le habían hablado de reputación, de nombre y de familia, y díchole que por él se arriesgaban á perderlo todo, para luego y á lo mejor desaparecer y emprender con otro la misma táctica. Con todo nunca le habían exigido juramentos tan formales ni un silencio tan absoluto; así es que estaba todavía indeciso sobre si llevaría ó no llevaría adelante la intriga.

Poco á poco sin embargo y al ver en torno de sí aquella multitud frívola, cubierta de flores y llena de buen humor y de alegría, se convenció de que todas las mujeres eran

iguales á las que á sus ojos bullian, y de que aun aquella de quien acababa de separarse no había sino querido reirse un poco á su costa y sujetarlo poco más ó menos, para ser su amante, á un examen igual que si hubiese debido entrar en una logia.

Eduardo imaginó pues que al día siguiente iba á tener en la mano la llave del enigma y que todo terminaría á su completa satisfacción; de lo contrario, si por un instante siquiera hubiese tomado en serio semejante lance, no se habría comprometido en él ni por espacio de un segundo. Porque siendo como era el hombre indolente por excelencia y no viviendo sino de amistades frívolas y de francachelas de color subido, parecíale imposible envolver su vida en uno de esos amores terribles que primero embriagan, pero luego matan; ó á lo menos así le pareció mientras estuvo en el baile y llevó del brazo una mujer de esas que especulan con el amor y de la cual adivinó el semblante á pesar de llevarlo cubierto con la careta, y el corazón al través de su lenguaje. Una vez en su casa, empero, tal era la veleidad de su carácter, empezó á dar vida en su mente, como lo hiciera Pigmalión, á una estatua de la que se enamoró; sólo soñó en una pasión como la de Werther, menos el suicidio, por supuesto; vis-

lumbró escaleras de cuerda, divagaciones nocturnas, raptos, sillas de posta y duelos, hasta que fatigado, y zumbándole todavía en los oídos los acordes de la orquesta del baile, se formó en su cerebro un galop general y se durmió en medio de la mayor agitación.

Al despertarse, el sol estaba ya muy alto sobre el horizonte, y sin duda por equivocación mostraba aquel día su faz á los parisien- ses. Eduardo se restregó los ojos, miró la hora, abrió la puerta de su dormitorio y al ver á su portero, que estaba tranquilamente limpiando la habitación, le preguntó si había algo para él.

—No, señor, respondió el buen sujeto. ¡Ah! sí, han traído una lista de suscripción á favor de un infeliz artesano, padre de familia, que ayer tarde y no lejos de aquí se cayó de un andamio y se quebró una pierna.

—Deme V., dijo Eduardo tomando la lista y empezando á leerla á fin de ver, según lo que habían puesto los otros, por qué cantidad debía él suscribirse.

El último nombre era el de la señorita Erminia de ***, inscrita por quinientos francos.

—¿Quién es esa señorita que por sí sola ha dado más que todos los demás reunidos? preguntó Eduardo.

—Una señorita buena á carta cabal, que

reparte muchas caridades entre los pobres; vive ahí al lado, respondió el portero.

—¿No es una joven alta, morena, un poco pálida?

—Sí. ¿La conoce V.?

—No; pero no hace muchos días la vi entrar en la casa del lado, y por lo que acaba usted de decir presumo que es ella.

—En efecto, lo es. La señorita Erminia vive en dicha casa con su tía. Figúrese usted que esa mujer monta á caballo y manjea las armas como pudiera hacerlo un hombre.

—Quién ¿la tía?

—No, la señorita Erminia.

—¿De veras? pues mire V., para una joven esto demuestra una educación esmeradísima.

—Yo he sido maestro de esgrima de mi regimiento, continuó el portero, y puedo decir que tiraba primorosamente. Pues bien, la señorita Erminia lo ha sabido y no ha parado hasta que he medido las armas con ella. Siempre me acordaré: era una mañana del mes pasado; V. no vivía aún aquí; digo mal, si vivía. La señorita me manda á buscar; voy; entro en una salita de armas muy mona, y hallo en ella á un hermoso manco. Era ella que quería dar un asalto. Me alargan un peto y un florete; me endoso una mascarilla y un guante, y nos ponemos en

guardia. ¡Valgame Dios! aquella mujer era un verdadero demonio. Antes no pude parar me había arrimado ya cinco botonazos. Fin-tas, contras y cortes no pida V. más; era preciso verlo; no parecía sino que la señorita estaba esgrimiendo la espada del arcángel Miguel. Confeso á V. que me faltaba el resuello y no podía ya más conmigo cuando ella todavía estaba como si tal cosa. Le digo á V. que es una espadachina de primera.

—¿Y qué dice de semejantes costumbres la tía de la señorita Erminia?

—¿Qué quiere V. que diga la buena mujer? Desde el momento que esto gusta á su sobrina, ¿cómo va á impedirselo?... El culpable es su padre.

—¿Por qué?

—Según parece, el padre de la señorita Erminia era un veterano fuerte como el roble á quien quería mucho el emperador. El buen hombre se desvivía por tener un sucesor varón, para hacer de él un soldado del hijo como él lo era del padre. Su mujer queda en cinta; nuestro veterano, que sólo sueña con un muchacho, se pone que no ve de alegre; mas ¡pataplum! saca las narices al mundo una hembra y de sobreparto muere la madre. Luego, como una desgracia nunca viene sola, el emperador llega de Waterloo, ocurren des-

hielos repentinos, y el mundo anda revuelto de arriba abajo. ¿Qué hace entonces mi veterano? se retira al campo para vivir solo entre la tumba de su mujer y la cuna de su hija. Algo crecida ya la pequeñuela, á su padre se le antoja convertirla en muchacho, y para conseguirlo empieza por hacerla vestir de hombre, montar á caballo, tirar la pistola, nadar, esgrimir la espada y qué sé yo cuántas cosas más; y tan bien se las compuso, que la niña, que era más fuerte que una peña y llevaba una vida de diablos, machacaba á todos los rapaces, con gran contentamiento del veterano.

—¡Pero hombre! ¿Sabe V. que todo lo que me está contando es magnífico? Prosigá usted.

Eduardo, al ver que el portero se sonreía, volvió la cabeza; cuanto al narrador, se apoyó en su escoba y continuó en los siguientes términos:

—No concluye todo aquí. El veterano tenía el cuerpo lleno de heridas y sobre eso padecía de dolores reumáticos; así es que á lo mejor *rompió su pipa*, como dicen en mi regimiento. La señorita Erminia, que entonces tenía quince años, se quedó con su tía, que, amante del trato social y harta de vivir en el campo, se vino á París con su sobrina

y ocupó el palacio contiguo. Cuando aquélla cumplió los diez y siete, hablóse de casarla; pero ¡quí! ¿sabe V. lo que contestó? pues contestó que no casaría sino con un hombre que, como ella, partiese veinticinco balas seguidas en el filo de un sable y de diez veces cinco la tocase con el botón del florete. ¿Sabe usted lo que se ganaron los pretendientes? ¡Pues! una granizada de botonazos.

—Es muy singular, dijo Eduardo con acento de incredulidad. Deme V. las botas; tengo que salir.

—Aquí están.

—Y dígame V. ¿está rica la señorita esa?

—Mucho. Pero hay que verla montar á caballo, seguida de su criado. John, que así se llama éste, ayer me estaba diciendo que cuando vuelve de acompañarla al Bosque de Boloña, se encuentra literalmente derrengado... La gente, acostumbrada ya á verla, en la actualidad no pára la atención en ella; la mira como si realmente fuese hombre.

—Tome V., ahí van veinte francos para la cuestación.

—Es menester que V. firme.

—Tiene V. razón.

Eduardo tomó una pluma y escribió su nombre debajo del de la hermosa amazona; luego se detuvo prontamente, y dijo:

—Es imposible.

—¿No quiere V. dar los veinte francos? Es V. completamente libre, repuso el portero.

—Yo conozco este carácter de letra, murmuró Eduardo.

—¿Qué dice V.?

—No lo necesito á V. más; puede V. marcharse. Me quedo con la lista esta; cuando vengan á buscarla suba por ella... ¿Dónde demonios he visto yo un carácter de letra igual? se preguntó Eduardo una vez á solas.

Luego, de improviso, se dió una palmada en la frente y se fué á registrar los bolsillos de su levita en busca de la carta del dominó; pero acordándose de que se la había entregado á éste, ó más bien que la había rasgado á su presencia, volvió de nuevo adonde dejara la lista para asegurarse de la identidad del carácter de letra.

Era tan inverosímil que aquella joven á quien no viera sino una sola vez fuese la misma de los dos bailes de máscaras, que Eduardo desechó toda suposición respecto de ella. Sin embargo á cada minuto acudía de nuevo á contemplar el nombre escrito en la lista, y mientras lo tenía bajo el dominio de su mirada no le cabía la más mínima duda de que la misma mano que trazara la carta

había firmado la ofrenda de quinientos francos.

A medida que se hacía más incomprendible el hecho, Eduardo le daba por más cierto.

—¡Por vida de...! murmuró, la desconocida me dijo que hoy sabría yo su nombre: helo ahí; me dijo también que la vería: pues voy á salir y es indudable que la veré.

Empezó á vestirse y pasó á su tocador, que, como el lector recuerda, miraba á un patín. El portero había dejado abierta la ventana, y Eduardo, en el instante en que se dirigió á cerrarla, vió pasar detrás de los cristales de la de enfrente, á la joven, que le estaba mirando y con el dedo en los labios le hacía una seña que en todos los idiomas significa *silencio*.

Luego entre la joven y los cristales se interpuso una cortina, y la visión desapareció.

Eduardo, petrificado, latiéndole el corazón hasta parecer que quería saltársele del pecho, cerró la ventana de su tocador, sentóse en una silla y se entregó á la meditación.

El resultado de sus reflexiones fué que ahora que sabía algo, no comprendía pizca.

Eduardo dió la última mano á su tocador y se salió á la calle.

—¡Vaya si seré discreto! se decía entre sí

el joven. ¡No es poco hermosa! ¿Cómo voy á componérmelas para romper con María?

En estas reflexiones, Eduardo llegó á la calle de Vivienne y halló á María sentada y mohina al lado del fuego.

—Buenos días, dijo aquél al entrar.

—Buenos, contestó con voz áspera la joven.

—¿Estás enferma?

—No.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Por qué pues esta mala cara?

—Porque sí.

—Razón de pie de banco. Adiós.

—¿Te vas?

—Sí.

—Feliz viaje.

Eduardo se salió; pero apenas hubo bajado un piso, cuando Josefina le llamó:

—¡Señorito!

—¿Qué hay? respondió aquél levantando la cabeza.

—La señora desea hablar con V.

Eduardo se subió de nuevo, y al entrar en la habitación de María, preguntó á ésta:

—¿Qué quieres?

—Siéntate ahí.

—¿Y qué más? continuó aquél, haciéndose el regañón á su vez.

—¿Con quién fuiste ayer al baile?

—Con Enrique y Emilio.

—¿Y quién es esa mujer con quien estuviste hablando toda la noche?

—Mi tía.

—¡Ah! ¡ya! pues mira, te aconsejo que no te bromees... Escucha, Eduardo, si has dejado de quererme, dílo; prefiero esto á que me hagas desempeñar un papel ridículo y me expongas á que oiga en todas partes que me has dejado, estando enferma, para acompañar no sé á quién al baile de la Ópera.

—¡Vaya con el baile de la Ópera! dijo el joven, poniéndose á remover el fuego con las tenazas y echándose á reír; primeramente has de saber que no he acompañado á nadie al baile; lo que hay es que una mujer vino á hablarme, y ya ves que por esta única causa no podía hacerla detener por los municipales.

—¿Quién es esa mujer?

—No la conozco.

—Mientes.

—Te lo juro. Pero ¿qué demonio te ha pinchado? En lugar de trabajar y concurrir á la Escuela, vengo á verte, y ahí que...

—Hoy estamos á domingo y en tal día no se va á la Escuela.

—*Verum est*; pero hubiera podido dedicarme al estudio.

—Bien, bien, ya sé lo que tengo que hacer.

—Lo que más te acomode; y aun si la faena te divierte puedes componer algún libro sobre la moral; pero oye, te provengo que no lo leeré.

—¡Vaya unas lindezas estás soltando!

—¡Pues no te das poca importancia! Académicos hay y senadores que los escriben. Te digo que es delicioso.

—Ea, vete, ó te tiro las tenazas á la cabeza.

—Para decirme esto no valía la pena de que me hubieses mandado á llamar.

—Quiero que esta noche me conduzcas al Circo.

—Tu diálogo resulta sin continuación. Es imposible.

—¡Cómo imposible! ¿por qué?

—Porque hoy como en casa de un amigo.

—Está bien, cuando vuelvas á verme hará calor.

—Pues hasta el próximo verano, mi querida amiga.

María entró en un aposento contiguo y cerró la puerta con estrépito. Cuanto á Eduardo, se salió diciendo para sus adentros:

—Ya está. ¡Y todavía hay quien niega á la Providencia!

Eran poco más ó menos las cuatro. Eduardo alquiló un coche y se volvió á su casa, al llegar á la cual el portero le entregó una carta que rezaba lo que va de seguida:

«He oído hablar de un hombre que al siguiente día de haber advertido que la mujer á quien amaba vivía enfrente de su casa, había hallado medio de echar un puente sobre las dos ventanas para reunirse á ella á media noche.

»Cierto es, empero, que aquél era hombre en quien competían el ingenio, el valor y la pasión.»

Además de la transcrita carta, Eduardo recibió otra de Edmundo, en la que éste le decía que á las cinco le aguardaría delante del café de París.

V

A CARA DESCUBIERTA

Eduardo se subió á su habitación. Tratábase de medir la distancia que separaba las dos ventanas, y, como decía la carta, de echar un puente. El empeño no era de tan fácil ejecución como á primera vista parecía, tanto menos cuando sólo podían tomarse medidas aproximadas. Con todo, como no había tiempo que perder, aquél calculó con la mayor exactitud que le fué posible, se bajó de nuevo á la calle, entró en el primer taller de carpintería que halló al paso, y dijo que para el día siguiente necesitaba una tabla de un pie de anchura por diez de longitud y gruesa de tres pulgadas; luego dió las señas de su domicilio, satisfizo el importe y se marchó.

A las cinco Eduardo se reunió á su amigo Edmundo, que le estaba aguardando en el bulevar, y á quien preguntó:

- ¿Qué novedades ocurren?
- Nada de particular.
- ¿Has recibido contestación á tu carta?
- Sí, ahí está.

Eduardo leyó lo siguiente:

«¿Por quién me toma V., caballero? Es V. un *nesio*.

»LEONOR.»

Eduardo no pudo menos de reirse.

- ¿Qué te parece? preguntó Edmundo.
- Que no es muy alentadora la contestación.

—Pero hombre, tú que conoces á tantas mujeres ¿por qué no me pones en relación con una?

—¿Sigues vacante?

—Como siempre, respondió Edmundo, quien pronunció esta última palabra con acento de tristeza indecible.

- Pues bien, voy á hacerte conocer una.
- ¿De veras?
- De veras.
- ¿Cuándo?
- Hoy mismo.
- ¿Rubia?

—Rubia.

—¿Decente?

—Hasta allí, pero muy sensible.

—¿Vas á presentarme tú mismo?

—No, irás solo.

—Me tirará la puerta por los hocicos.

—Le llevarás algo de mi parte, pues necesito hacerla un regalo ú otro. Por lo tanto tú puedes aprovecharte del buen humor que esto la proporcione.

Eduardo entró en casa de Marcé y escogió una pulsera, á la que añadió la siguiente carta:

«Mi querida María: olvida que ayer mi corazón era todavía tuyo, y recuerda solamente que en adelante seré para ti un amigo leal y sincero.

»Consiente que ofrezca esta pulsera á tu brazo derecho, y si éste la rehusa, que la ofrezca al izquierdo.

»El portador de la presente es uno de mis mejores amigos y quisiera poder contarse entre los tuyos.»

—Ahora, continuó Eduardo, lleva esto á la señorita María, calle de Vivienne, número 49.

Edmundo desapareció como el ángel de la Visitación.

Por lo que respecta á Eduardo, no sabien-

do cómo emplear la velada, se recogió muy temprano, estudió de nuevo el terreno, meditó largamente sobre lo que le estaba aconteciendo, y se durmió.

A la mañana siguiente le despertó el carpintero, que le llevaba la tabla. El buen hombre, que sentía picada grandemente su curiosidad, tenía empeño en saber qué destino podía darse á una tabla de diez pies de longitud en una habitación tan reducida. Sólo hallaba la explicación en un amor exagerado por la madera y en la necesidad que sentía el comprador de tener siempre á la mano un depósito de ella. Así pues, no pudiendo contentarse, preguntó dónde había que colocar la tabla.

—En el cuarto tocador.

—¿Cómo hay que colocarla?

—Derecha, arrimada á la pared.

—Si V. quisiera decirme para qué la quiere, podríamos colocarla en seguida... Si es para poner en ella objetos pesados,—porque es menester que lo sean para que V. la haya encargado tan gruesa,—colocando debajo de ella algunos fuertes apoyos...

—No, ya lo arreglaré yo; es para hacer un juego chinesco.

El carpintero se salió y á poco entró Edmundo.

—¿Qué nuevas traes? le preguntó Eduardo.

—Que tu amiga no me ha recibido muy bien que digamos.

—¿Qué te ha dicho?

—Casi nada; me ha entregado esta carta para ti.

Eduardo la tomó, abrióla, y vió que decía así:

«Mi querido Eduardo: Te agradezco el envío de la pulsera; pero cuando quieras que tus presentes sean gratos, no me los envíes por conducto de embajadores tan insolentemente necios como tu amigo...»

—¿Habla de mí? preguntó Edmundo.

—Ni una palabra; son asuntos particulares.

—Hoy iré de nuevo á verla.

—Como quieras.

El día transcurrió como todos aquellos al fin de los cuales debe hacerse algo más importante que la víspera, que es lo mismo que decir que Eduardo no sustentaba sino un pensamiento y que todos aquellos amigos suyos con quienes se encontraba pasaban ante él como sombras, sin que su espíritu conservase de ellos el más leve recuerdo.

Las cortinas de la ventana vecina permanecieron inviolablemente cerradas, y aun momentos hubo en que Eduardo creía haber soñado y no sabía qué hacer.

Los minutereros del péndulo que, según toda probabilidad, debían de andar tan deprisa á partir de media noche, para llegar á ella marchaban con lentitud desesperadora.

Una de las singularidades del hombre es querer, cuando aguarda con impaciencia la llegada de una hora, que el tiempo corra más veloz que el pensamiento. Así es que Eduardo, después de pasearse por su aposento, rehaciendo en su mente los principios del lance en que estaba metido, representándose todas las consecuencias que éste pudiera acarrearle, y de soñar en un mundo desconocido, quedaba como pasmado al ver que sólo había empleado cinco minutos en sus divagaciones.

Con todo, por lentamente que parezca que ande el tiempo, la hora deseada llega; pero entonces sucede un fenómeno por demás extraño, y es que una vez ha sonado, todo cuanto indiferente hemos hecho se nos borra de la imaginación y se nos antoja que aquélla ha llegado con sobrada presteza.

Sonó la media noche.

Eduardo se puso al acecho detrás de su ventana para ver si percibiría en la de su hermosa vecina algún movimiento que le volviese á la realidad.

Transcurridos dos ó tres minutos vió como

se levantaban imperceptiblemente las cortinas, y cual si no hubiese aguardado sino esta señal, el corazón empezó á latirle con violencia.

Eduardo abrió de par en par su ventana, y la otra respondió abriéndose también de par en par.

La oscuridad era completa.

Eduardo fué por la tabla; pero como ésta era muy pesada, la colocación de semejante monumento entre las dos casas ofrecía serias dificultades.

—¡Si por desgracia fuese demasiado corta! pensó Eduardo.

Y mientras el joven se hacía las reflexiones que inspiraban las circunstancias, acercó su puente y observó si alguno podía verle. Seguro ya de que todos los vecinos de la casa estaban durmiendo, como dormía la naturaleza, desde Neptuno hasta el portero, empezó á hacer deslizar por encima del precipicio, apoyándola en el reborde de la ventana, la famosa tabla, hasta que hubo hallado apoyo en la ventana vecina.

Para llevar á cabo esta maniobra, Eduardo sudó sangre; hábale sido menester apoyarse en la parte de la tabla que estaba sujetando entre las manos, para que no se le escapase y, como una flecha, no fuese á dar contra

las ventanas de abajo y despertase á todo el mundo. Aparte de que semejante torpeza le hubiera hecho perder todos los beneficios de su aventura, tal caída no habría tenido excusa á los ojos de los vecinos; porque por estupendas y excéntricas que sean las costumbres de un inquilino, éste no puede dar á entender que lleguen hasta arrojar, pasada ya media noche, tablas de diez pies de longitud y gruesas de dos pulgadas contra las ventanas de las casas. A mi ver, en este caso Eduardo sólo hubiera hallado apoyo en los vidrieros.

Hay que confesar, para ser verídicos, que el temor de romperse la nuca corría parejas con la emoción que nuestro don Juan experimentó cuando puso los pies en la tabla.

Eduardo, como es de suponer, no permaneció en pie sobre el movedizo puente más que el tiempo estrictamente indispensable; rápidamente se puso á caballo de la tabla, que por robusta que fuese no dejaba de tener cierta elasticidad de trampolín, que si es muy agradable en un gimnasio, maldito lo que de tal tiene á la altura de cuatro pisos.

Como Eduardo no podía retroceder, fué avanzando con un lujo de precauciones que demostraban el precio en que estimaba su existencia.

Ya en medio de la tabla, el angustiado mozo pensó en María y se dijo que más preferiría su virtud de lance, que siempre y cuando le venía en mientes la hallaba al cabo de ochenta escalones, á aquella otra flamante virtud con quien iba á encontrarse, si por un camino más corto, más erizado de peligros, y que le obligaba á entregarse á un ejercicio que debía ponerle en el ridículo más grande.

Por fin tocó el borde opuesto y no pudo ahogar un ¡uf! en el que había más alegría de haber llegado sano y salvo que dicha de ver á su querida.

Apenas Eduardo se hubo puesto á horcadas sobre la ventana, cuando oyó la seductiva voz del baile, que le decía:

—Retire V. la tabla.

—Vaya una bromita, dijo para su capote el joven, mientras tiraba del puente; esto no es un amor, sino mudarse de casa.

El aposento en que se encontró estaba completamente á oscuras, tanto, que él se estaba allí, abrazado al duro madero, sin saber dónde colocarlo.

A ser de día y á haber podido ver la facha que hacía, Eduardo se hubiera arrojado en continente por la ventana, escapando de esta suerte del ridículo llevando á ejecución un acto terrible.

—¿Dónde puede colocarse esta tabla? se arriesgó á preguntar el joven, al notar el silencio que reinaba en derredor suyo.

Entonces sintió una mano que le guiaba en medio de las tinieblas, y al encontrarse con la pared confió á ésta lo que una ó dos horas después habría para él de más caro en el mundo. Luego continuó siguiendo la mano que le asiera, la cual le atrajo y le hizo sentar en un confidente; empezando entonces, en medio de las sombras más densas, este diálogo histórico:

—¿Está V. dispuesto á cumplir sus promesas?

—Sí.

—¿Sabe V. cuánto arriesgo al recibirle aquí?

—¿Y V. sabe á qué me expongo yo viniendo?

—Yo puedo manchar mi fama.

—Y yo romperme la nuca.

—¿Qué vale la vida?

—Dispense V.: si V. no tiene apego á ella, no haga que á ella pierdan el gusto los demás.

—Ya le dije á V. que para verme había que vencer diariamente un peligro. Tiempo es todavía; si no me ama V. lo bastante para exponerse á él, vuélvase usted y olvídeme como yo le olvidaré.

—¡Oh! sí, la amo á V., contestó Eduardo asiendo las manos de su interlocutora.

—Mi conducta debe parecerle á V. enigmática; pero ya le dije que yo no era como las demás mujeres. Si para amante le quiero á V., para marido le odiaría. Sólo el imaginar que una persona habría recibido de un poder superior al mío el derecho de impedirme ser libre, sería para mí un tormento eterno. Usted es mi amor primero; pero no le digo que sea el último. No he amado nunca ni sé cuánto tiempo dura el amor; pero tan buen punto deje de quererle á usted como hoy le quiero, los dos quedaremos libres. En tanto llega ese día, no cometa V. indiscreción alguna, como yo no la cometeré tampoco; y una vez separados por mi única y exclusiva voluntad, suceda lo que quiera, debe V. obrar cual si nunca me hubiese conocido y proseguir su camino sin volver atrás los ojos.

—Esta mujer toma amante como los demás criado, dijo para sus adentros Eduardo. Vamos á ver los tratos.

—Otra, continuó la joven, se hubiera casado y ocultado sus amores al amparo de su nueva posición, sus amantes á la sombra de su marido, y á los ojos de la sociedad habría puesto en ridículo á un hombre digno des-

pués que éste la hubiera dado la mitad de su vida y confiado su nombre. Yo no engaño á nadie; soy dueña de mi amor como de mi pensamiento. He venido á V. porque le amaba y porque por osado que V. hubiese sido no se habría atrevido á venir á mí.

—Perfectamente, se dijo Eduardo; heme ahí clasificado entre los perros y los caballos.

—Sólo una persona conoce nuestro secreto; pero ésta será muda como yo, porque me debe cuanto es, no cree y espera sino en mí, y de querer perderme se perdería á sí misma. Ya ve V. pues que más que un testigo es un auxiliar.

Si el amor espontáneo y arrebatado de la joven era halagador para la vanidad de Eduardo, en cambio la posición en que le colocaba no era muy satisfactoria para su amor propio. Como él mismo se dijera, quedaba al nivel de los animales domésticos; se convertía para su querida en algo poca cosa superior á su camarera, pero inferior á su perro; en un accesorio, un juguete, un pasatiempo, y al igual que él tomara y dejara mujeres para satisfacción de sus caprichos, tomábanle á su vez para apagar el incendio de una pasión.

Sin embargo, por humillante que fuese la situación en que iba á colocarse, la aceptó

imaginando que tan pronto se hubiese convertido realmente en amante de aquella mujer, adquiriría suficiente imperio, si no sobre su corazón, á lo menos sobre su espíritu, para pasar de la posición de accesorio á la de utilidad.

Eduardo, al igual que otros muchos, creía que el amor es el único anhelo de las mujeres y que el que logra apoderarse de este amor se convierte en señor de ellas; y en esto andaba equivocado, principalmente por lo que á Erminia hacía referencia, á quien había exaltado más la imaginación que no desenvuelto el sentimiento una educación excepcional. Erminia se conocía perfectamente á sí misma, y menester es que, en su alabanza, digamos que era franca con su amante. Quería á éste, y hallaba muy natural el confesárselo, así como cerrarle la ventana desde el instante en que su corazón se cerrase también á la pasión que la dominaba. Pero como al par que el amor era para ella grata distracción, la sociedad era fuente de diversiones, no quería sacrificar éstas á aquél. Ahí porqué exigía el silencio más absoluto.

Respecto á Eduardo, no sentía amor por Erminia. A ser ésta una joven apacible y encogida, á su lado se hubiera sentido fuerte, y tal vez la habría amado, no fuese sino para

contar en su vida un amor novelesco. Si Erminia, que á escondidas hacía menosprecio de las preocupaciones sociales, las hubiese desafiado abiertamente; si arrostrándolo todo y joven y desconocido como era se le hubiese entregado y escrítole en la frente, por decirlo así, estas palabras: «Este hombre es mi amante», habría enloquecido, ya que en ello su gusto y su vanidad hubieran quedado satisfechos. Pero una unión tenebrosa, acompañada de amenazas de muerte á la menor indiscreción, no era para alentar á un hombre acostumbrado á conquistar corazones sin guarnición y que, como las fortalezas francesas, se rinden al primer ataque, sin que nunca hallen un arma contra los asaltantes, una vez éstos se han convertido en dueños. Así es que no aceptó lo que le ofrecía Erminia sino porque después de todo, no siempre nos encontramos con una hermosa joven que nos envuelve con la lava de su amor primero, y también porque, á su vez, le quedaba la libertad de romper siempre y cuando quisiese aquel matrimonio nocturno y dar del modo que más le conviniese fin y remate á semejante aventura.

Hay que decir, sin embargo, que tales ideas, que evidentemente debían ir vigorizándose de día en día, al principio y en presencia de

la joven no podían asumir sino el carácter de vago instinto en el espíritu de Eduardo. Este, al escucharla, al cogerla la delicada mano, creyóse capaz de arrostrarlo todo por ella, por la mujer cuyo corazón le pedía con tanta ingenuidad la revelación de una dicha desconocida, cuya alma se le entregaba con toda la admiración y toda la alegría del amor primero.

Erminia, que en un principio razonara tan friamente sobre su pasión, parecía también transformada; olvidando mundo y porvenir, ardía en el incendio amoroso.

Poco más ó menos las tres de la madrugada serían cuando Eduardo, para volverse á su casa, dió de nuevo comienzo al ejercicio que al salir de ella, aunque ahora todo lo veía poetizado y si tenía apego á la vida era para otra vez exponerla al día siguiente.

VI

DE LA MANO Á LA BOCA SE PIERDE LA SOPA

Como es de suponer, Eduardo, cuando se despertó, estaba perdidamente enamorado de Erminia. En su imaginación se prometía ser fiel y discreto, y no pensaba sino en la hora dichosa en que podría volver á su lado. La segunda vez todó pasó como en la vispera, con la única diferencia que nuestro héroe, un poco más aguerrido, atravesó el puente con rapidez é indolencia pasmosas. El subsiguiente día, ídem de ídem, y como los que se iban sucediendo se parecían como una gota de agua á otra, al cabo de una semana no había en París quien pasase por una tabla con tanto garbo como Eduardo; de modo que de durar un año el ejercicio,

éste hubiera llegado á ser uno de los acróbatas más notables de la metrópoli.

Los diez ó doce días primeros no parecieron largos á Eduardo; y es que los ocupaba completamente con el recuerdo de la víspera y las esperanzas de la noche venidera; poco á poco empero fué notando un vacío, y tras el vacío sintió la necesidad de ver nuevamente á sus antiguos amigos, á quienes olvidara por sus nuevos amores.

Cuanto á María, que al parecer tomara con tanta frescura la deserción de su amante, ardía en deseos de saber qué había sido de él y aun la hubiera complacido que el acaso hubiese tomado á su cargo el vengarla; pero por más que hizo, nada pudo saber, sino que á Eduardo no se le veía en parte alguna, en paseos ni teatros y que empezaba á cundir la creencia de que, cual nuevo Curcio, se había arrojado á un abismo. Entonces fué cuando aquél apareció de improviso en el bulevar, punto de reunión cotidiano de sus amigos.

Uno de los primeros á quien vió Eduardo, fué á Edmundo, el cual continuaba buscando habitación y querida, siendo excusado decir que no hallaba una cosa ni otra.

—¡Ah! mi querido amigo, dijo aquél á Eduardo, lo que me falta es una mujer como María y una habitación como la tuya.

—¿Acaso no consiente en amarte, María?

—¡Ay!

—¿Qué tal te recibe?

—Unas veces mal, y otras peor.

—Toma distinto rumbo.

—No conozco otro.

—¿Qué quieres que te diga? Espera.

—¡Si á lo menos pudiese mudar de casa!

No doy con habitación alguna ni por un ojo de la cara. Tú lo hallas todo á medida de tu capricho.

—Busca.

—No hago otra cosa; pero ya que tienes intención de cambiar de domicilio, deja tu habitación y cédemela.

—Es imposible.

—Adiós pues.

—Adiós.

A media noche Eduardo volvió á recorrer el trayecto aéreo, cual había hecho la víspera y debía efectuar al día siguiente.

Con todo, semejante existencia se hacía un poco monótona á nuestro héroe, quien varias veces había rehusado partidas de recreo que quince días antes hubiera aceptado, disfrutando grandemente en ellas á pesar del nuevo sesgo que tomara su existencia.

Eduardo veía como todos sus amigos continuaban por la senda misma en que él les

acompañara en otro tiempo, y empezaba á considerarlos más dichosos que él. Pasadas las primeras horas de embriaguez, se puso á meditar sobre la posición ridícula en que se colocaba, refrescáronsele las primeras ideas, pero más persistentes y más claras todavía que en un principio. Cuando por acaso tenía una noche libre, debía á que Erminia estaba de baile y empleaba en trajes, flores y danzas el tiempo que debiera haberle concedido á él.

Como ya hemos visto, el joven no estaba realmente enamorado; pero raciocinaba cual si verdaderamente hubiese sido así, y no perdonaba á Erminia que hiciese lo que á él le hubiera placido hacer con frecuencia. Demás, como si los beneficios eran grandes las cargas lo eran todavía más, resultó que, fuese que no pudiese soportar las vigiliass, ó que aquélla estuviese exigente, Eduardo se aburría á ojos vistas.

En la Opera continuaban los bailes, á los cuales Erminia quería concurrir, aunque no consintiendo que las noches libres que dejaba á su amante éste las ocupase en otra cosa que en pensar en ella; y como la taimada tenía, gracias á la mujer que la acompañaba á la Opera, un sistema de espionaje muy bien combinado, si hubiese sabido que Eduardo

había pasado la noche fuera de su casa, al día siguiente le hubiera llenado de reproches y mostrádose furiosamente celosa. Eduardo conocía pues que su posición iría haciéndose más insostenible cada día, y que el accidente más trivial podía convertirle, á él y á su tabla, en hazmerreir de sus amigos.

Muchas veces había ensayado compartir con Erminia las horas de tristeza en que á las veces quedaba sumergido y que de algún tiempo á aquella parte experimentaba con más frecuencia. Entonces se arrojaba á los pies de su amada, y por espacio de algunos minutos hacía por olvidar la querida por la amiga; pero pronto advertía que semejante divagadora plática, que aun los seres más dichosos sostienen y que nos proporciona el reposo de un sueño, era del todo desconocida á la joven. Erminia ni siquiera tenía la caridad de corazón que María, la cual, á pesar de su liviandad, borraba la sonrisa de sus rosados labios cuando Eduardo estaba triste. Infinitas veces el joven había asido las manos á su amada y con la dicha que experimenta el hombre al hablar de su vida, por indiferente que sea á los demás y uniforme á los propios ojos, había contado á Erminia su primera juventud, y, por decirlo así, buscado en el amor de ésta la continuación del amor

de su madre; pero nunca brotó una palabra de consuelo de labios de la joven, cuyo vehemente corazón, abierto á las pasiones, parecía estar cerrado á todo sentimiento.

Eduardo, al aceptar aquella intriga excéntrica y nueva para él, había querido poetizarla cuanto posible; pero debió renunciar á ello, y al renunciar darse la enhorabuena de no amar á Erminia.

Por fin sucedió lo que suceder debía, esto es que no hallando en la mujer aquella nada verdadero más que la pasión, llegó á despreciarla y no pensó ya sino en romper unos lazos que databan aún no de dos meses.

Llegó la víspera del jueves de la tercera semana de cuaresma, y en este día, como en los demás, Eduardo echó la tabla entre las dos ventanas, cruzóla, la retiró, volvióla á pasar y la retiró de nuevo con aire el más resignado del mundo.

—Mañana será V. libre, le dijo Erminia; en la Opera se da el último baile y quiero ir. Le veré á V. en él ¿no es eso?

Hacia tanto tiempo que Eduardo no asistiera á baile alguno, que tal concesión le causó una alegría infantil.

Edmundo fué también el primero con quien el joven se encontró en el baile.

—¿Qué tal? preguntó éste á aquél, ¿hay novedades? ¿Todavía no has hallado casa?

—No.

—¿Y mujer?

—Tampoco.

—¿Y la que conducías del brazo hace poco?

—Es María.

—¿Continúa inflexible?

—Como siempre.

—Mejor para ti, porque en las mujeres no todo son glorias.

—¿Acaso sientes alguna desazón íntima?

—No; sin embargo experimento una gran zozobra.

—Cuéntamela.

—Eres demasiado hablador.

—Cuenta y nada temas.

Largo tiempo hacía ya que Eduardo sentía necesidad de confiar á alguien sus aventuras y sus desgracias; de consiguiente empezó á referir á Edmundo, después de formal promesa de éste de que guardaría el secreto, el modo como conociera á Erminia, las cartas que de ésta recibiera, las citas nocturnas y la excentricidad de su carácter, y por fin le expuso cuantas razones le obligaban á romper con ella.

Edmundo, que había escuchado con aten-

ción suma á Eduardo, cuando éste hubo concluído, dijo:

—No te queda sino un camino.

—¿Cuál?

—Partir para un viaje.

—Ya había yo pensado en ello. Y á propósito...

—¿Qué?

—Si quieres, parto y te cedo mi habitación.

—Iba á pedírtelo. ¿Y desde cuándo?

—Desde mañana. El mérito de las grandes resoluciones consiste en ponerlas en planta inmediatamente. Toda mi vida he sentido deseos de ver las Pirámides, y voy á aprovechar esta ocasión para efectuarlo.

—No hay hombre más dichoso que yo, dijo Edmundo para sus adentros.

—Quedamos pues de acuerdo, prosiguió Eduardo. Te dejo mis muebles y cuando regrese me los devuelves.

—Perfectamente.

—Pero sobre todo silencio.

—¡Hombre! ¿somos niños?

—Pues para mañana á medio día te aguardo en casa.

—Iré; adiós.

Eduardo hizo que le franquearan la puerta

del palco número 20 en el que se encontraba Erminia.

Cuanto á Edmundo, mientras iba de acá para allá cual si el haber conseguido para sí aquella habitación tan deseada le hubiese hecho perder el tino, se vió detenido por un dominó que le asió del brazo y en quien conoció á María.

—¿Eduardo está en el baile? le preguntó ésta.

—Sí.

—En el palco número 20, ¿no es eso? Acabo de verle en él en compañía de una mujer.

—Tal vez.

—¿La conoce V.?

—No.

—Dígame V. tan sólo su nombre.

—Lo ignoro.

—Me está V. engañando.

—Cuanto puedo decir á V. es que desde mañana la habitación de Eduardo va á ser la mía; si quiere V. visitarme...

—¿Adónde se va?

—Sale para un viaje.

—¿Por qué motivo?

—Ahí el quid, repuso Edmundo con acento del hombre que está en el intríngulis y finge discreción.

—Ea, Edmundo, dijo María con mimo, digámelo V.

—Es V. demasiado picotera.

—Digámelo V.; si me lo dice voy á quererle hasta más no poder.

—¿De veras? ¿y no va V. á confiar el secreto absolutamente á nadie?

—Ya lo verá V.

Edmundo se puso entonces á contar palabra por palabra á María lo que acababa de confiarle Eduardo.

—Curiosa es la historia, dijo la joven.

—Pero sobre todo no diga V. de ella palabra á quien quiera que sea.

—Cuenta V. con mi discreción; pero, permítame V., por allí pasa un conocido...

María soltó el brazo de Edmundo y se separó de éste como si hubiese tenido que hablar con alguno, luego abandonó la platea y se fué á mirar por la ventanilla del palco n.º 20. Eduardo estaba todavía en él, pero á poco se salió. Entonces y una vez éste se encontró fuera del baile, la joven apoyó las manos en el reborde de la ventanilla, se levantó de puntillas, y dijo:

—¿Sigue siendo consistente la tabla?

Erminia se volvió cual si la hubiese picado una víbora; pero María había ya desaparecido riendo como una loca.

La amante de Eduardo se salió del palco y abandonó el baile á su vez.

Cuanto á nuestro héroe, que se había retirado á descansar, con objeto de levantarse temprano y preparar todo lo necesario para el viaje, á primera hora de la mañana siguiente fué á tomar pasaje para el correo que salía de Marsella, hizo refrendar su pasaporte, se fué á buscar dinero á casa de su notario, y á las once y media estaba de regreso.

A medio día fué Edmundo á verle, y de buenas á primeras le preguntó si persistía en emprender el viaje.

—Ya lo ves, respondió Eduardo mostrándole sus maletas á medio arreglar.

—¿Así pues puedo mandar traer aquí mis trebejos?

—Sí puedes.

—Me quedo contigo hasta las seis; quiero acompañarte á la estación.

—Como quieras.

Edmundo, lleno de alegría, empezó á recorrer su nueva vivienda, y cuando hubo llegado al cuarto tocador, preguntó:

—¿Es la famosa tabla?

—La misma.

—Ya comprendo, tú la apoyabas en los dos rebordes y luego cruzabas de una á otra

parte; no he visto muchacho de más chiripa. ¿No era á media noche que te trasladabas ahí enfrente?

—Sí.

—¿Dabas alguna señal?

—No. Ella abría su ventana, yo la mía, colocaba la tabla y...

—Ya entiendo; pero ¿y si te hubiesen visto?

—Ni en el cuarto de ella ni en el mío había luz; además la casa está inhabitada. El aposento donde ella me recibía está separado de los demás, y su tía vive en la parte de allá del palacio.

Una vez listas las maletas, los dos amigos se salieron juntos

—Parto para un viaje, dijo Eduardo al portero; y luego é indicando á Edmundo, añadió: el caballero guardará mi habitación durante mi ausencia, que no durará más allá de cuatro meses; á bien que tengo seis pagados.

—Está bien, señor, contestó el portero; pero aguarde, ahí tengo una carta que acaban de traer para V.

—Deme.

Eduardo, que en el sobre conoció la letra de Erminia, después de leer la carta, dijo á Edmundo:

—Me recomienda que no falte esta noche; pero á la hora para la cual me cita me encontraré ya á veinte leguas de París.

En efecto, á las seis Eduardo había partido.

A media noche, Edmundo, instalado en su nueva casa, entró en el tocador y abrió la ventana, á cuya operación respondió en seguida la de enfrente. La noche estaba tan neblinosa, que no se veía pared alguna. Aquél cogió la tabla, la hizo deslizar por el reborde y sintió que una mano la cogía del extremo opuesto.

—¡Por fin! pensó el infeliz; ¡ahí una mujer! Si esta vez no logro ver cumplidos mis deseos, es que el diablo anda por medio.

Edmundo se subió á caballo sobre la tabla, no sin cierto reconcomio, y al cabo de un instante sintió una mano que le impedía seguir adelante y una voz que le preguntaba:

—¿Recuerda V. lo que le dije la primera vez que nos vimos?

—¿Qué?

—Que el día que hablase V. de mí una sola palabra, le mataría, y lo que ofrezco cumplo.

Y al mismo instante la joven repelió la

tabla, que cayó ahogando en el ruido que produjo en su caída el último grito de Edmundo.

*
* *

A los cuatro meses y conforme dijera, Eduardo estaba de regreso, y al llegar á su calle, vió como derribaban el palacio de Erminia.

—¿Está arriba Edmundo? preguntó el joven al portero.

Este, por toda respuesta le contó como el día que siguió al de su partida, dieron con el cadáver de su amigo, al lado de una tabla que al caer le había aplastado el cráneo.

—Nunca ha podido averiguarse, añadió el portero, qué se proponía hacer con la tabla aquella.

Eduardo lo adivinó todo y quedó estupefacto. Luego preguntó:

—¿Y por qué derriban el palacio del lado?

—Porque la señorita Erminia, al partir para Italia, hace tres meses, lo vendió, y el nuevo propietario acaba de efectuarlo también para que en el sitio que ocupa puedan abrir una calle.

Eduardo se subió á su casa hecho un loco, y lo halló todo tal cual él lo dejara; vió la ven-

tana, que todavía no estaba derribada, se vistió, escapó á la calle, corrió á casa de María y encontró en ella las mismísimas personas que seis meses antes, época en la cual hemos dado comienzo á esta historia. La única diferencia que había, era que en vez de estar jugando al sacanete, estaban haciendo un veintiuno.

Ahí toda la modificación que experimentara la vida de su antigua amante.

FIN

TRADUCCIÓN DE LUIS CALVO.